

# Lorenzo Domínguez, o el Fervor de la Piedra

(Especial para LOS ANDES)

por MIGUEL GOMEZ ECHEA

Con un auspicio crítico digno de la jerarquía artística del expositor, Lorenzo Domínguez acaba de clausurar una nueva muestra de sus esculturas en la Galería Müller de la Capital Federal.

El digno y maduro escultor, que ejerce la docencia de su arte en la Universidad Nacional de Cuyo, ha dado una nueva prueba de su exacta valía y demostrado, además, que el ejercicio del arte, que exige una larga paciencia, requiere un heroico tesón disciplinado, en estrecha alianza con el talento creador.

Sería ocioso transcribir la síntesis de los juicios que ha merecido la muestra en la prensa diaria y del arte de Buenos Aires, porque ello equivaldría a presentar el concepto de la indiscutible calidad artística de Lorenzo Domínguez, cuando en realidad, consagrado hace rato por la crítica, la exposición que acaba de cerrar, no ha hecho más que ratificar su valor.

Pero fuera del análisis de las quince piezas presentadas en la sala de honor de la Galería Müller, existe un valor general en su silencioso esfuerzo de creador, que debe señalarse por la calidad ejemplar que reviste: su pasión por la piedra.

Jorge Romero Brest, el fino crítico argentino, ha destacado en una reciente monografía comentada en estas mismas columnas, la existencia de ese fervor, que le hace buscar, donde quiera resida, la piedra del lugar capaz de una expresión.

Esa pasión se traluce, en la muestra de Lorenzo Domínguez, en la presentación de diez trabajos en piedra, uno en mármol, dos en yeso, uno en yeso policromado y otro en bronce: la cabeza de

Beatriz Capra, repetida en serpentina mendocina en un ahincado fervor expresivo.

Aparecen así en la muestra de referencia, cuatro trabajos en piedra avellana de la Quebrada del Toro, dos cabezas —Zezete y Beatriz Capra— en serpentina mendocina, tres más en piedra roja argentina, y una talla directa en rodado volcántico de los valles cordilleranos argentinos: Saturno. La fineza de su cincel, se revela en el manejo superior, plástico y pleno de sentimiento, de Cabeza de Mujer ejecutada en mármol de Carrara, también piedra al fin y al cabo.

Dos yesos de gran tamaño, La Casada, desnudo superior al natural y Nuestro Señor Don Quijote, panel creado para un proyecto de monumento a Rubén Darío, han sido vertidos al yeso, más por falta de material de tiempo que por falta de deseo de trasladarlos a la adecuada piedra.

Es poco frecuente que en un enfoque analítico de esta naturaleza, se destaque un hecho como el que motiva esta nota. Pero es que en materia escultórica, este magnífico ejemplo de Lorenzo Domínguez, apasionado de la nobleza del clásico material, debe destacarse por su hondo significado trascendental.



"Retrato de mi madre". Busto en piedra Avellana de la Quebrada del Toro, por Lorenzo Domínguez

Estamos demasiado habituados a que nuestros escultores presenten a la consideración pública, una obra en su casi totalidad vertida al yeso o a lo sumo al bronce. Es decir, una obra que solo revela, en el mejor de los casos, un acontecer artístico perecedero —el yeso— o su versión a un material que si también es noble, es perecedero frente a fenómenos como el ocurrido a las innumerables estatuas de bronce de París, arrancadas por los alemanes de sus pedestales, para utilizar el material en la fabricación de elementos bélicos, destino muy lejano al concebido por los artistas que las fundieron.

De ahí que la perennidad de la concepción artística, que lleva al pintor a conocer la exacta química de los colores, conduzca a un escultor moderno consciente, a la utilización del más noble material —intransformable en casquillos o bujes— de la escultura: la piedra.

Lorenzo Domínguez arranca, naturalmente, de la convicción, de que el creador o "el inventor" del arte como él suele preferir, tiene en la piedra, una nueva oportunidad de introducir nuevos agregados expresivos, nuevas "Inventaciones" a su obra. Y sobre todo, como prefiere el gran Aristides Maillo, permite al artista, que también el material se exprese de alguna manera, completando o modificando la concepción primaria del creador, para que el todo, sea la obra de arte, en íntima colaboración entre el material y el artista, "sin otro intermediario que sus manos".

Es digno apreciar, por ejemplo, la riqueza de valores que otorgan a Retrato de mi Madre, Paco Correas, el poeta Ramponi y Digiovanni, las vetas que surcan la masa de arenisca de la piedra avellana de la Quebrada del Toro en que están ejecutadas estas figuras, de las que no es difícil elegir rápida-

mente, la noble factura, severa de la primera, cuya arquitectura y cuya factura, traen a las mentes, en una concepción de limpio abo-lengo españolista, un aire gótico y moderno a la vez.

La prosecución de esta revista, nos conduce a las cabezas de Zezette y Beatriz Capra, ejecutadas en serpentina mendocina, cuya pastosidad no delata el peligro y el cuidado puesto en su ejecución, por su calidad quebradiza y sus infiltraciones cuarzosas, que enriquecen, sin distraer, al prieto material expresivo.

El ímpetu pasional por la piedra, no detiene a Lorenzo Domínguez ante las dificultades de la talla directa en rodado volcántico en que está ejecutado Saturno, con

cuya concepción prosigue sus comentados retratos siderales. La dureza casi metálica del rodado, no es óbice para que obtenga blandas expresiones y hasta el aprovechamiento de una veta negruzca para expresar el anillo del difundido planeta.

La piedra roja argentina —de Entre Ríos?— le da oportunidad para manejar un material rico en color, valorizado por algunas vetas debidas a la sedimentación de

la arenisca, piedra en la cual ha realizado además de dos retratos —el pintor Francisco Bernareggi y Lita— una figura ideal en talla directa —Lucerito— llena de sugerencias plásticas que ingresa con todos los honores en la galería de retratos planetarios.

No es preciso insistir más en los méritos de este trabajador incansable que es este escultor. Pero era preciso que se dijese en esta veloz visión de conjunto, la revalorización del mérito más penoso y virtuoso del escultor: su uso de la piedra. Si a sus múltiples

merecimientos artísticos, unimos este fervor que podríamos llamar telúrgico, por la piedra, habremos dado a la personalidad artística de Lorenzo Domínguez, una dimensión que siempre se advierte en los artistas atraídos por el impulso vocacional a realizar una obra de trascendencia.

Y como Lorenzo Domínguez ostenta también esta ardua paciencia de arrancarle expresión a la piedra, lógico es que quienes la hemos observado y la valoramos, no regateemos el elogio de la noble faceta espiritual que revela.